

El secreto de dos ... es de Dios

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 141 – 5 de marzo 2020



Vientos de tempestad en Quito (Ecuador)

Nos acercamos a celebrar la fiesta del *dies natalis* del Buen Padre. Hablar del Buen Padre implica hablar también de la Buena Madre. Ellos unieron su destino al servicio de la Congregación que fundaron y acompañaron. Es un momento para revitalizar en nosotros hermanos, hermanas y laicos SSCC las dinámicas espirituales que orientaron su vida. En un tiempo en que queremos renovar nuestras formas de estar y servir en la Iglesia, nuestra apertura y disponibilidad a estas dinámicas espirituales serán un recurso alentador y desafiante.

El secreto

En sus *Memorias sobre la Congregación*, Gabriel de la Barre, relea la historia de nuestra familia religiosa hasta el momento en que escribe sus memorias en 1823. He aquí el retrato que ofrece de la Congregación:

"En general, una característica que se puede observar y que siempre se ha observado en la Congregación, y es que los medios para actuar han estado siempre por debajo de los fines que se proponía. Así en las adquisiciones por hacer, nada de dinero para comprar, muchos jóvenes o niños por educar y muy pocos profesores. Entre las hermanas, la misma necesidad. Las enfermedades la aumentan todavía más; la adoración perpetua no había sido jamás interrumpida ¡Dios quería hacer todo! ¡Dios ha hecho todo! Los miembros de la congregación que viven aún y que han sido testigos o actores en todo esto, se encontrarían en serias dificultades para decir cómo lo han hecho. Dios guarde su secreto" (Gabriel de la Barre, *Memorias de Gabriel de la Barre, Notas sobre la Congregación, Primer cuaderno* (18 octubre 1823) in *Escritos*, p. 98)

Gabriel de la Barre llama nuestra atención primero sobre el hecho de una desproporción entre medios y fines que formaría parte de nuestro estilo apostólico SSCC. Fines o propósitos muy altos para los pocos medios con los que contamos. A pesar de esta

precariedad en medios, en recursos y personas, ello no habría significado rebajar los fines o propósitos. Tampoco un obstáculo para realizar las más diversas actividades: clases gratuitas para niños pobres, formación de seminaristas, disponibilidad para las misiones parroquiales en Francia o las misiones en las islas Sandwich o en los Estados Unidos o para asegurar la perpetuidad de la adoración, etc. Y luego, Gabriel de la Barre deja entrever que ha sido sobre todo Dios quien ha llevado su obra adelante a través de estas condiciones precarias de la Congregación. Es esta constatación de hecho, leída desde la fe, que se convierte en un recurso espiritual y en una convicción teológica que inspira y anima a los Fundadores: La Congregación es, ante todo, obra de Dios. Esta convicción les hace mirar con realismo confiado las dificultades que puedan encontrar en el camino y la precariedad institucional que les acompaña. Mientras más dificultades encuentran, más ponen ellos sus vidas y sus proyectos en las manos de Dios. Es Él quien hace fecundos los empeños y proyectos.

Así la Buena Madre exhortaba a cuidar las clases gratuitas para los niños pobres en las casas de la Congregación, pues ellas son la *bendición de las casas*. El Buen Padre hablaba de la fortaleza de la Buena Madre, a pesar de sus problemas de salud, y de su capacidad de animar y organizar la vida de las comunidades, a pesar de la escasez de medio, como una suerte de *milagro constante*.

Propongo algunas claves para ahondar en esta fuente secreta de audacia pastoral y de generosidad en la entrega de sus vidas. Fuente en la que los Fundadores bebieron y que hoy nos invitan también a nosotros a beber.

El amor de la Cruz y confianza en la Providencia de Dios

En la Buena Madre vemos como una constante espiritual su participación en la Cruz de Cristo. Este deseo espiritual es fruto de la contemplación de la Cruz como signo de la entrega total de amor por todos. En sus cartas insiste en entrar en las llagas de Cristo. Allí invita a beber de las fuentes de su entrega; también allí anima a renovar las tibiezas en el ardor o en el celo espiritual, aproximándose al horno que es el Corazón herido de Jesús. Ella entonces no entiende ni vive su amor de otro modo que como lo ha aprendido a los pies de la Cruz de Jesús, en la adoración eucarística, como memorial de esta entrega, es decir, tomando parte en los dolores de sus hermanas y hermanos, y pidiéndole al mismo Señor que le dé la fuerza de sobrellevarla. La desmesura del amor de Jesús en la Cruz es tan grande que la Buena Madre llega a decir que no es ella quien lleva la Cruz, sino que es ésta que la lleva. En el fondo de la Cruz de encuentra el amor Providente de Dios Padre que no abandona a su Hijo Jesús ni a los que como él cargan con su cruz cada día:

"Estamos todos en un estado crítico. Tenemos entonces nosotros que orar con más fervor que nunca y abandonarnos a la Providencia. El amor de la cruz puede y debe únicamente sostenernos, pues, no debemos disimular que tendremos que sufrir mucho. Tenemos que refugiarnos en el Corazón de Jesús, agarrarnos a él de modo de no salir nunca de él" (Hilarion Lucas, *Vie de la T. R. Mère Henriette Aymer de la Chevalerie*, 1847. Tome II, *La Bonne Mère. Son Esprit*, Polycopie Picpus p. 65).

En el Buen Padre su forma de participar en las actitudes de Jesús que lo llevaron a darse en la Cruz está mediada por lo que iba percibiendo en la Iglesia: las comunidades cristianas estaban sin pastores, las instituciones eclesiales a cargo de la educación desmanteladas, el tejido eclesial desgarrado por divisiones internas y por persecución externa. Cuando le llegan ecos de este paisaje social y eclesial, su corazón de pastor se conmueve. Llega a creer que es el último sacerdote vivo en Francia. Este dolor por la situación de la Iglesia le hace salir de su escondite. Experimenta como una certeza movilizadora que el sacerdocio que ha recibido es para entregar la vida como Jesús, asistido también por su misma confianza en el amor providente de Dios Padre, que no abandona a sus hijos. "Pues yo me había hecho sacerdote con la intención de sufrir todo, de sacrificarme por el Buen Dios y de morir, si era necesario, por su servicio. Sin embargo, yo tenía siempre un cierto presentimiento de que me salvaría".

Tomar parte en los sufrimientos de la Iglesia es simplemente amar como el Señor Jesús que da la vida por los suyos. Esta convicción le asiste desde su formación como seminarista: "No basta con sufrir con Jesucristo (como el malhechor que fue crucificado a su lado); hay que sufrir por Jesucristo, hay que sufrir como Jesucristo" (*Sermón sobre la bienaventuranza de los que sufren*, 1790). Luego como Fundador invitaría constantemente a los hermanos y hermanas a vivir este amor según el Corazón de Jesús, es decir un amor que consiste en asociarse a la Cruz de Jesús, ayudando a cargar la cruz de unos y otros. Así escribía el Buen Padre al Padre Philibert Vidon el 29 de enero de 1823:

"Le aseguro, mi buen amigo, que si yo pudiera amarrar sus penas en un atado con todas aquellas que pesan en la cruz que me ha tocado asumir, yo las juntaría sin dudar". Y luego agrega su propia petición en la que el Buen Padre se siente solidario y necesitado de sus hijos para llevar adelante sus servicios y, en definitiva, para amar como Jesús: "Le ruego sin embargo que me ayude a llevarla (la cruz que me toca asumir). Su ayuda me es tan preciosa como lo que yo pueda hacer para socorrerme hasta la muerte" (LEBP 815).

Además la certeza intuitiva en la salida del granero sobre el amor providente de Dios se convirtió, con el pasar de los años, en una clave de lectura teológica para enfrentar las peripecias y conflictos que han jalonado la historia de la Congregación y, al mismo tiempo, en uno de sus vectores espirituales mayores. Es lo que comunica el Buen Padre a los hermanos y hermanas cuando anuncia la aprobación de la Congregación por parte de la Santa Sede:

"Han sido necesarios prodigios de la bondad divina para sostenernos en medio de las tempestades. El Señor no ha dejado de hacer resplandecer sobre nosotros los milagros de la Providencia. Él nos ha conducido como por la mano. Cada día hemos recibido pruebas de su protección todopoderosa" (Carta Circular del Buen Padre del 14 de abril 1817).

Llamados a amar

Otra dinámica espiritual que vivieron nuestros Fundadores y que propiciaron entre los miembros de la Congregación es la vocación a amar. Quienes se consagran al amor de los Sagrados Corazones ya no viven para sí, sino para que el amor crucificado de Jesús y el amor entrañable de María se hagan carne en ellos. Una vez más encontramos la desmesura entre este fin y la precariedad de los medios. Los Fundadores insisten una y otra vez a los hermanos y hermanas a que no se dejen desalentar por las tenaces limitaciones personales, ni por las tensiones en las comunidades, ni siquiera por la falta de medios o los obstáculos que puedan aparecer en el camino. Nada de eso puede impedir que el amor de Jesús y de María sea compartido, ofrecido, aún a riesgo de que este amor no sea acogido ni correspondido. Es la lógica de la Cruz que lleva a amar de este modo, sin miedo y con generosidad.

"Sumérjase y, para siempre, en la llaga dolorosa y amorosa del Divino Corazón de Jesús, usted estará al abrigo de todas las tempestades -escribía la Buena Madre-. Ame más y usted temerá menos" (Carta a la hermana Agnès Crouzet 1804-1805, LEBM 215).

Por su parte, el Buen Padre ante la adversidad del contexto o la desilusión personal exhortaba a la comunidad a enraizarse en Dios, como única fuente de amor y de felicidad. Así escribía a las hermanas y hermanos de Le Mans: "Díganlo a todas, a mi hermano y a mis amigos. Lo experimento yo mismo: Todo es nada, excepto amar a Dios. Vivamos pues para Él solo y muramos de deseo de agradarle. Es la felicidad verdadera" (Carta del Buen Padre a las hermanas de Le Mans 8 de julio de 1828, LEBP 1386).

El secreto compartido

La fuente de lucidez para mirar realidad el presente y de audacia pastoral en los Fundadores fue el reconocer en todo la mano providente de Dios: en la precariedad institucional y en los llamados de la Iglesia, en la desolación personal y en las exigencias de una nueva obediencia.

Alimentaron su forma recia, generosa y descentrada de amar al contemplar la entrega de Jesús en la Cruz y adorándolo en la eucaristía.

¿Qué pesaría en nuestros discernimientos apostólicos si asumiéramos el amor providente de Dios como clave de lectura de nuestra historia y de nuestros recursos personales e institucionales?

¿No nos vendría bien preguntarnos por la calidad de nuestra vida fraterna si en ella estamos amando más cada día concretamente a nuestros hermanos y hermanas, ayudándonos a llevar mutuamente nuestras cruces?

Arriesguémonos a beber de la secreta fuente de la que bebieron nuestros Fundadores.

Fraternalmente,

Alberto Toutin ssc
Superior General

